

de las primas de mi novia; la más joven de ellas estaba en la ventana y me saludó diciendo:

—¡Hola, Marcos, estaba pensando en vos! ¡Qué lindos zapatos que andas estrenando!... Esperame un momentico, ¿querés? No te vayás —y cerró la ventana.

Un momento después apareció en la puerta llamándome con fingidos aires de misterio, para decirme en voz baja:

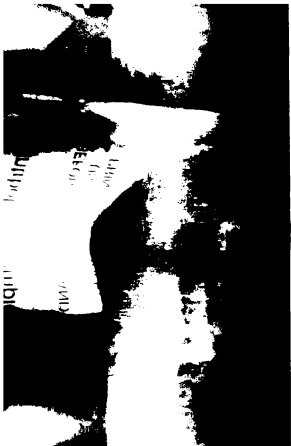
—¿Sabés quién está aquí, en el comedor? ¡Tu novia! Entrá, pa que la veas.

—No —dije yo, receloso—. Ahí están tus otras hermanas y ellas me pueden regañar.

Calmé mis temores explicando que todos andaban de paseo, y yo entré tras ella por un largo zaguán, resbalando a cada paso en el mosaico. Y en cuanto vi a la chiquilla, que estaba jugando en el comedor, corrí a abrazarla y a besarla, sin decirle una palabra, porque yo entendía que eso era todo lo que se tenía que hacer con una novia. En ese mismo instante aparecieron las mujeres de la casa y me rodearon con gran escándalo y exageradas amenazas, dispuestas a cogerme. Se quedaron con las ganas, porque yo, asustado y avergonzado, me les escabullí en un decir amén y salí por el zaguán como alma que lleva el diablo y haciendo al correr un ruido de todos los demonios. Así, tan lastimosamente, terminó el primer romance mío.

Días después tuve una extraña experiencia con una mujer. Era esta una muchacha de unos catorce o quince años, alta, blanca, rubia y de formas muy desarrolladas. Llegaba mucho a mi casa a conversar con mi madre y un día de tantos le pidió permiso para enseñarme los números y el abecé, en una escuelita que decía tener en la casa contigua a la nuestra y que estaba desocupada. Fui con ella y me encontré con unos cuantos muchachitos del vecindario, todos un poco más grandes que yo, los cuales me recibieron con furiosas demostraciones de inconformidad; pero la muchacha intervino y al fin me aceptaron como un socio más.

Era esa una escuela extraordinaria. Una vez adentro, se cerraba la puerta de la casa, todos los muchachitos se agrupaban en la sala, y entonces la maestra se iba al cuarto, extendía una estera en el piso y se acostaba allí. Luego comenzaban los alumnos a pasar en orden, uno tras otro y con el necesario intervalo, a practicar ciertos juegos con la muchacha, que los esperaba casi desnuda. Y aunque todos tenían su oportunidad, porque la muchacha era incansable y en esos entretenimientos pasaba



Abandonamos la casa del trapiche y nos fuimos a vivir a la ciudad, por las cercanías del hospital, en una casita humilde y contigua a otras parecidas y del mismo dueño. Posiblemente, considerando que ya no vivíamos en el campo, me llevaron a la barbería, y por primera vez cortaron mi pelo, que era entonces casi rubio y que hasta ese día mi madre me acostumbrara bastante largo. Eso me daba ya categoría de hombre grande, según entendía yo. Y en consecuencia, en ese vecindario también tuve mi primera novia.

Recuerdo estar sentado cerca de la mesa, en la cocina, mirando cómo mi madre planchaba la ropa, y que de pronto dije, en tono de reproche:

—Usted no me dejó salir hoy... Y yo tenía que ir a ver a mi novia.

Ella me miró asombrada, sonrió, y luego dijo, fingiendo enojo:

—¿Vos, con novia? ¡Debías aprender primero a lavarte la cara, que siempre la traes sucia! ¿No te da vergüenza?

Pues no, a mí no me daba vergüenza. Y le expliqué que se trataba de una chiquilla muy bonita, y rica, porque los domingos se ponía sombrero y en su casa tenían una sirvienta. Lo cierto es que yo, siempre que encontraba esa muchachilla en la pulpería de la esquina, corría a abrazarla y a darle besos, con gran regocijo del pulpero que era un viejo de muy buen humor. Seguramente él me infundiera tales arrestos, porque esas manifestaciones de cariño no las había visto yo en mi casa nunca: mi madre, en sus relaciones con mi padrastro, tuvo siempre el cuidado de no herir mis sentimientos de niño; y a mí no se me había ocurrido jamás que yo debiera besar a mi madre para expresarle lo mucho que la quería.

Mi novia tenía unas primas, mujeres hechas y derechas todas y muy guapas, que vivían frente a la mencionada pulpería, en una vieja casona que para mí era todo un palacio, por sus ventanas con cristales y gruesas cortinas y por el piano que cierto día alcanzara a ver en la sala. Esas primas se enteraron de mis atrevimientos con la chiquilla, y el asunto no les hizo mucha gracia. Por esos días estrené un par de zapatos, regalo de mi tía Amelia, recios y feos, con muchos casquillos de acero en suelas y tacones, para que me duraran más, y de un becerro ordinario y muy mechoso. A pesar de eso y del horrible ruido que hacía al caminar con ellos por la acera, yo estaba muy orgulloso de mis zapatos y me fui a lucirlos frente a la casa

como debía comportarme, y entonces atisbaba con disimulo, para imitarlos servilmente, todos los gestos y actitudes de mi tía Margarita: si ella reclinaba el rostro sobre el hombro derecho, eso mismo hacía yo inmediatamente; y si se sobaba una oreja, una oreja me sobaba yo también. Y así, hasta dormirme, para despertar un momento después, sobresaltado por el seco y oportuno coscorrón que me propinaba cualquiera de mis tios.

Mi abuela aprovechaba todos sus ratos libres, en las tardes y en las noches, para rezar por el alivio y descanso de sus muchos parientes muertos, y celebraba siempre el aniversario de todos y cada uno de ellos con un rezo sencillo y modesto, pero fervoroso; y recordaba con frecuencia, para rezarles también, a conocidos suyos muertos hacía quién sabe cuántos años ya. Sentada en su taburete, en un rincón del comedor, rezaba y se comía las uñas, y de pronto exclamaba, dirigiéndose a una de mis tias:

"Niña, ¿sabés?, mañana cumple treintidós años de muerto el finao Zenón, que era tan amigo e papá Jiménez..." (Así llamaba ella a su abuelo materno). "Le voy a hacer un recito, pa que no diga el pobre que en este mundo ya todos se olvidaron de él".

Para ella, el Cielo era algo así como un barrio más y no muy lejano, por cierto; y cuando nos contaba las andanzas de Cristo y sus apóstoles por el mundo, se refería a ellos como si se tratara de viejos conocidos suyos, de gente del mismo barrio:

"...Eso le dijo Pedro, que era muy enamorado y muy amigo de andar haciendo enredos. Pero el Señor, tan avisao y tan malicioso como era, y que conocía bien la tusa con que se estaba rascando, me le va diciendo: "Mirá, Pedro, a mí no me engañas vos; dejás esas cabulas y te dejás también de andar buscando pretextos pa perder el tiempo... Andá onde esa señora, ¡pero ya! y me le decís que nos aliste las tortillas y el café...".

Yo creo que para ella, el Señor y todos los de la Corte Celestial habían nacido y se habían criado en El Llano de Alajuela, como su familia y la de los Ramírez.





Cuatro o cinco días después la escarnecida viuda abandonó el barrio y se fue a vivir muy lejos, al otro extremo de la ciudad.

Mi abuelo, como persona mayor y de mucho respeto en el barrio, asistía a misa todos los domingos. Pero de allí no pasaba; su religiosidad, por lo que yo puedo recordar, era muy superficial. Eso sí, le gustaba mucho celebrar con esplendidez el día de su santo y algunas otras fiestas religioso-familiares, que le servían de pretexto para agasajar a sus amigos y parientes. En tales ocasiones echaba la casa por la ventana. Él destazaba un cerdo, mi abuela tenía que sacrificar las gallinas más gordas de su gallinero, y el horno de barro, que se alzaba en el corredor interior de la casona, trabajaba entonces mucho y con mucha anticipación, pues allí se cocía el bizcocho, el pan dulce, el picadillo de papa y otras muchas cosas más. La elaboración del *rompope*, siempre a base de aguardiente clandestino, era trabajo personal de mi abuelo, quien se jactaba de que solo cuando él la hacía con sus propias manos resultaba esa bebida en su verdadero punto, de sabrosa, de fuerte y de aromática.

Desde la víspera comenzaban a llegar, en sus carretas, los parientes que vivían en la montaña. Y todo el santo día siguiente, en el que la casona resultaba pequeña para tanta gente, rezaban las viejas, y los demás charlaban y comían hasta hartarse. Esos eran días maravillosos, de suprema glotonería para Jesús y Tomasito y para mí, que aprovechábamos todo descuido propicio para saquear la cocina, el horno y la alacena; por eso los tres terminábamos siempre enfermos del estómago.

En sus últimos días, mi abuelo, agobiado por varios reveses de la fortuna, con mucha pena viose obligado a abstenerse de tales festejos y convites.

Mi abuela sí era muy religiosa, pero era la suya una religiosidad sencilla e infantil, sentida y practicada tal y como ella, campesina ingenua, alcanzaba a entender esas cuestiones. Nunca concurría a la iglesia, alegando que tenía mucho que hacer en la casa y que, además, para adorar a Dios y cumplir con sus mandamientos no había ninguna necesidad de vivir golpeándose el pecho entre la iglesia. El viernes de cada semana, por la noche, toda la familia debía hincarse tras ella, frente a un modesto e improvisado altarcillo, a rezar la Pasión. Mi abuela, después de santiguarse, abría su ajado libro de oraciones y leía en voz alta, con mucho fervor y con una entonación impregnada de tanta tristeza y humildad que a mí me conmovía profundamente; y cuando llegaba a un "Haz pausa" entre parentesis, lo leía de corrido, como parte integrante de la oración.

Yo, acostumbrado por mi madre a rezar únicamente el Padrenuestro a la hora de acostarme, pasaba mil angustias tratando de adivinar qué tenía que contestar y